

Gómez de Baquero y el porvenir de la novela

LA Real Academia Española, siempre dispuesta a premiar méritos y a utilizar aptitudes, llenó la vacante dejada por el poeta Cavestany, último representante del romanticismo zorrillesco, con don Eduardo Gómez de Baquero, escritor de robustas y generosas facultades, que durante varios lustros ha llevado a la prensa de España notas de novedad y comentarios de ocasión en artículos llenos de nervio y vigoroso colorido.

Baquero es uno de los intelectuales más ilustrados, más comprensivos, más abarcales, a la vez que más galanos, de la histórica Península. Su pluma diestra y ágil pasa sin dificultad y sin descanso de una materia a otra, y de este modo ha ido dejando, por el ancho sendero de las letras, huellas recias y profundas, rastros que habrán de persistir, sin duda alguna, por su riqueza medular y elevación de pensamiento.

Escritor cálido y castizo, espíritu fino y penetrante, Baquero ha sabido comentar donosamente cuanto se ha presentado revestido de interés ante su vista, cuanto episodio singular y sugerente ha reclamado día a día su visual escrutadora y su sereno raciocinio.

Con el pseudónimo de Andrenio, ha sido constantemente un consumado historiador del momento, de lo circunstancial y contingente, de las cosas que surgen y que pasan en el vaivén perenne de la vida. Es el comentarista por antonomasia, el hombre abierto a todos los estímulos, el ingenio curioso y vigilante, pronto a coger con avidez las pulsaciones cotidianas, para ofrecerlas al lector en sus valores y en sus significados, con sus sombras y destellos, con sus influjos y sus responsabilidades.

En sus inventarios y en sus evaluaciones, en sus largas y mantenidas labores analíticas, en su continuo desintegrar y recomponer, Baquero ha agudizado como pocos su sentido crítico, y en las horas que corren, sus palabras tienen un eco vasto y prolongado, el eco que despierta el recto juicio, la inteligencia razonadora y luminosa y el corazón tranquilo y justiciero.

Una obra de tan dilatados y admirables contornos, plena de honradez y probidad; una obra de tantos aspectos y de tantos horizontes, impuso el nombre de Baquero a la Academia de la Lengua, y la docta corporación quiso llamar a éste hacia su seno, para que enriqueciera con sus aportes constructivos las tareas que realiza.

Gómez de Baquero leyó ante la Academia un discurso como de él, denso de ideas y de claras reflexiones.

Naturalmente, y así lo expresa Andrenio, ha debido vacilar en la elección de la materia, ya que, cronista profesional y periodista militante, ha sentido las sollicitaciones de los más variados temas. Pero, la indecisión no fué en Baquero, ni podía serlo, perplejidad infecunda, ni podía tampoco florecer en deplorable desierto.

Andrenio supo escoger el motivo, y presentó en su discurso una serie de observaciones sobre hechos literarios tan interesantes para el aficionado como para el erudito.

Los hechos literarios merecen los honores de los estudios más extensos. Para Andrenio «el hecho literario es un hecho social». Aparentemente es un hecho individual; pero no es así, porque el pasado social y el presente colectivo, influyen decisivamente en el autor y se reflejan en su obra por subjetiva que ésta sea.

La literatura responde, entonces, a una causalidad social, y esta causalidad, en el sentir de Gómez de Baquero, puede advertirse en los llamados géneros.

Los géneros literarios no son para Andrenio invenciones de preceptistas ni artificios de clasificadores: son grupos naturales. Lo prueba la constancia que ha tenido su existencia, constancia que no ha sufrido nunca interrupciones ni quebrantos.

Constantes los diversos géneros de la literatura, no han tenido,

eso sí, un equilibrio medianamente estable, cosa que puede hoy mismo percibirse sin esfuerzo el que menor. Mientras unos culminan, otros están en decadencia, mientras el de aquí fulgura, el de más allá palidece; en tanto éste se ensancha hasta alcanzar formas monstruosas, comprímese el del lado hasta que queda reducido a una expresión imperceptible.

Este equilibrio inestable de los diversos géneros, ha permitido el triunfo de la novela en las modernas épocas, y éste es el fondo del discurso pronunciado por Baquero.

Según Andrenio, el siglo XIX puede ser llamado el siglo de la novela, en lo cual coincide con el autor de «Mare Nostrum» que lo llama de la novela y de la música. Este triunfo consiste en haber alcanzado aquélla una eficacia artística cumplida y en haber obtenido una riqueza de medios expresivos que no se conocían. Fué tiempo de popularidad y también de perfección.

La historia de la novela aclara considerablemente, en el parecer de Andrenio, la razón de su gran triunfo.

Para el gran polígrafo Menéndez y Pelayo, la novela es la antigua epopeya destronada. Andrenio, por su parte, le concede el calificativo de epopeya moderna, y es, en su sentir, la heredera de la Épica, en virtud de la nueva estructura de la vida civil y de los nuevos caracteres que presenta la cultura.

La transformación de la Épica en novela se ve en los libros de caballerías, libros que alcanzaron una boga ilimitada y que tanto influyeron en las gentes de la época.

En los libros de caballería está en embrión la novela. El Quijote, que los ridiculiza, es el nexo entre el poema épico y la novela de más tarde. Y es solamente en las «Novelas Ejemplares» de Cervantes donde cree Andrenio que se encuentran los elementos esenciales que tuvo la novela durante el siglo XIX.

La marcha ascendente de la novela española tiene su punto de partida en pleno siglo XVII. La apoteosis de la novela, dos centurias más tarde, fué preparada, según Gómez de Baquero, por tres revoluciones: una política que abrió la puerta a las nuevas democracias; otra literaria que se llamó Romanticismo,

y una científica que arranca desde Bacon y que impuso el criterio de la observación y la experiencia.

No pocos factores produjeron la difusión de la novela y determinaron el cultivo tan profuso que tuvo. Rápidamente llegó a ser ésta el género preferido y el instrumento más perfeccionado de expresión literaria.

Baquero en su discurso hace un elogio ardiente de esta modalidad. «Género imperial por excelencia, dice, a él afluyen como tributarios todos los otros».

La novela aprovecha para él, elementos de todos los géneros; pero irradia también hacia ellos sus esfluvios peregrinos.

Baquero no disimula su admiración por la novela, y entre líneas se transparenta un convencido parecer en orden a que ella empuña el cetro de la superioridad en la belleza, en los horizontes, en las posibilidades.

Nada de raro tiene, entonces, que proclame en su discurso que el triunfo de la novela está en su medio día y que no se divisa el ocaso, pues el estado actual de las costumbres y de la civilización es favorable a la novela. Por el contrario, Baquero tiene confianza en que el triunfo universal de la novela sea fecundo y duradero.

Dejándose llevar por su entusiasmo fervoroso, Andrenio presenta con colores sonrientes y radiosos el porvenir de la novela. Sin embargo, su opinión no es la misma de otros y hay síntomas que permiten no abrigar al respecto un optimismo tan confiado.

Vicente Blasco Ibáñez ha sostenido que «la novela está en crisis actualmente en todas las naciones», y esto, porque los argumentos y recursos se encuentran ya gastados. La originalidad novelesca va siendo cada vez más ilusoria, según el formidable literato valenciano.

Y esta opinión del novelista de «La Horda» no está desca-minada. La novela en su mayor parte tiene escasa originalidad y los autores se ven forzados a imponer sus producciones merced al excitante. El setenta y cinco por ciento de la novela moderna

es un crudo muestrario de impudicias, de miserias y de relajaciones.

De la vida, se está escogiendo con marcada preferencia el material que suministra el bajo fondo, y los autores reeditan, sin poder producir novedades, las eternas escenas de los vicios y de las aberraciones.

Y no es que la vida sea así y que la novela, al reflejarla, se esté tornando manadero de liviandades tabernarias. Es que la novela se defiende, y para subsistir adopta formas especiales y exagera la nota de las acres desnudeces.

En su mayoría, la novela moderna es picante, pantanosa, deletérea, sin finalidades elevadas, sin trascendencia psicológica, sin alientos artísticos, sin rumbos definidos.

Halaga el sensualismo de la vulgaridad ambiente y ofrece platos de comidas más y más condimentados. Es un modo de mantener a toda costa las posiciones obtenidas.

El hecho de que la novela se defienda, da cabida a la suposición de que se siente amenazada y esta amenaza emana de varias procedencias.

Por un lado, el cultivo del cuento es más y más copioso. El relato corto es admitido sin dificultad. Vivimos muy de prisa y son más los que prefieren la brevedad del cuento a la lectura reposada.

Pero no es esto lo más grave, ya que el cuento puede ser considerado como una novela en germen. El teatro está atrayendo a los autores de novelas. Y se comprende fácilmente. La literatura dramática produce en casi todas partes ganancias rápidas y sólidas, y esta circunstancia, con ser decisiva, está reforzada por otras no menos poderosas: la victoria inmediata, sonora, visible; por el gozo de ver cobrar fisonomía y movimiento a las ficciones del espíritu y contemplar el resultado, traducido en un sollozo o en una carcajada.

Ejerce el teatro atracciones misteriosas y aumentan cada año los autores de novelas que van a sentar plaza de dramáticos, atraídos por la dulce quimera del proscenio.

El auge del teatro ha sido portentoso en estos últimos tiem-

pos y no es una hipérbole afirmar que el género dramático lleva ventaja a la novela en el terreno del número y en el de la calidad.

No terminan aquí las razones que podrían alegarse para temer por la novela. Queda todavía un factor de entidad y es el cinematógrafo.

En su discurso, el maestro Baquero no manifiesta temores por el cine. A lo sumo, concede a la que entraña el gran invento, una importancia relativa.

Al redactar su discurso, el ilustre escritor olvidó lo que él mismo había dicho en un artículo publicado creo que en «El Imparcial», el 19 de Enero de 1920:

«La película, decía Baquero, está llamada a influir profundamente en las letras y está ya influyendo, aunque todavía no sea el hecho lo bastante visible para haber entrado en el dominio público».

«La influencia del cine en la literatura ofrece varios aspectos, añadía Andrenio; opera sobre los públicos, sobre el escritor y sobre la técnica literaria».

Todavía agregaba nuevas frases para robustecer su teoría: «El cine, expresaba, ofrece a los escritores una tentadora derivación profesional. Ya hay literatos famosos que componen *films* y acaso llegue día en que la composición de dramas y novelas cinematográficas sea la predilecta ocupación de los escritores...»

Y, en verdad, los más eminentes escritores han compuesto argumentos para el cine, porque el cine se ha apropiado de los asuntos que eran del resorte del teatro y la novela.

La novela está pasando de literaria a cinematográfica. Se confecciona mayor número de argumentos novelescos para la cinta que para el volumen. Hay quienes creen que el cine no es un rival del teatro sino de la novela. Blasco Ibáñez ha dicho que la película biográfica «no es el teatro mudo como creen muchos», sino una novela expresada por imágenes.

El arte escrito está siendo reemplazado por un arte meramente ocular.

El público prefiere, por razones de brevedad y economía, la

novela hecha película. Y la acción permanente del biógrafo está ejerciendo una influencia nada leve en aquél. Lo está habituando nada menos que a la percepción de los sucesos novelescos por medio del dinamismo gráfico de las figuras y está creando temperamentos de carácter visual que habrán de elegir con preferencia la imagen animada a las mejores descripciones.

El biógrafo está trastornando la psicología colectiva, y puede decirse que está determinando nuevas normas artísticas y hasta una nueva sensibilidad.

La adaptación del teatro a la película es un fenómeno de que no puede dudarse. ¿Y la novela? La novela no puede ni podría adaptarse ya que carece de los elementos ópticos de aquél.

Amagada por el biógrafo, sustituida y desplazada, el porvenir de la novela es inseguro... Pero quién sabe si estos sean temores infundados. Seguramente la verdad es la que dice ahora Baquero, este intelectual observador e infatigable, dotado de tantas luces y de tanta inteligencia.

Para los que amamos la palabra escrita, para los que nos entusiasmos ante la página lograda, ante el giro oportuno, ante la combinación feliz, las apreciaciones optimistas de Baquero tienen las gratas vibraciones de una canción consoladora.

Llevemos dentro del pecho su repique esperanzado. Acordémosnos que procede de fuente autorizada y que esa vasta autoridad de Baquero se ha robustecido ahora con el ingreso del maestro a la Academia de la Lengua.

Allí llevará Andrenio sus grandes ideales, su bandera de buen gusto, su amplio dominio de las letras, sus afanes progresistas y renovadores, sus nobles y admirables condiciones de escritor y periodista.

Baquero ha sido un crítico constructivo sin dejar de ser severo. Como dijo en su discurso de respuesta don Ramón Menéndez Pidal, ha hecho «resaltar más lo bueno que lo malo». No es de aquéllos, entonces, que se complacen demoliendo o atacando. Analiza sin odio y dictamina sin veneno.

Por eso su designación académica ha sido recibida con aplausos generales.

La obra de Baquero es como pocas de variada y de nutrida. Bien está, por consiguiente, en la Academia un hombre así. Las puertas de la casa del idioma deben abrirse siempre para los que han sabido honrar la lengua; para los que han gastado empeños por burilar la plata de este verbo que heredamos; de este verbo sutil y resonante que es el magno y supremo tesoro de la Raza; de este verbo singular y melodioso, ante cuya grandeza soberana, han puesto su alma en éxtasis los astros y las cumbres.

GUILLERMO MUÑOZ MEDINA.